

# LA AÑORANZA DE OTTAVIANI

**P**ABLO VI —el Papa Montini, nuestro más abierto apoyo— acaba de subrayar la importancia que ha tenido, en la historia del catolicismo contemporáneo, la revista católica progresiva *La Crónica Social de Francia*. Importancia por su actitud positiva ante «un mundo secularizado», como afirma el periódico católico *La Croix*.

Los que se felicitaban de las frases, aparentemente menos alentadoras del Papa, en su discurso al III Congreso Mundial del Apostolado Seglar, han de quedar definitivamente defraudados al leer las claras y tajantes palabras que acaba de dirigir a esta revista social-católica en su 75 aniversario.

«De cara al porvenir, el Santo Padre os anima —dice el Secretario de Estado vaticano— a continuar esta obra, de acuerdo con los "signos de los tiempos", y lo hace dirigiéndose al director de esta publicación.

Describe a continuación, en nombre del Papa Montini, el panorama futuro de secularización de la sociedad, con palabras de aprobación: «Se puede prever, sin duda, que cada vez le corresponderá menos a la Iglesia el asumir por ella misma las realizaciones concretas que se refieren al desarrollo, la justicia o la paz. Estos servicios, cada vez más y más, serán de incumbencia de la sociedad civil —y no de la Iglesia— o por medio de los organismos intermedios, religiosamente neutros, o por las grandes organizaciones internacionales —también neutras— que agrupan a todos los hombres de buena voluntad», haciendo abstracción de si son creyentes o no.

Uno esperaría que el Papa —si fuese verdad la interpretación que han dado nuestros integristas religiosos a su intervención en el Congreso Mundial de los Laicos— que iba a criticar este proceso, reivindicando para la Iglesia, como institución, un puesto de primera fila a la hora de organizar este mundo secularizado. Pero, como ya pensábamos quienes velamos en Pablo VI a Montini, hemos encontrado en sus palabras aclaratorias todo lo contrario.

El Papa alaba ahora decididamente a *La Crónica Social de Francia*, por haber mantenido un punto de vista diametralmente opuesto a este conservadurismo religioso, como lo mantuvo también Pío XII en 1957, en el II Congreso Mundial de Apostolado Seglar, pidiendo ya entonces a los católicos una colaboración en los organismos internacionales de finalidad puramente cultural o social. Y actualmente, repite Pablo VI, que en estos organismos secularizados y neutros «es donde los hijos de la Iglesia tendrán la misión de actuar para penetrar —como enseñó él mismo en el *Populorum Progressio*— de espíritu cristiano (no de condenas o imposiciones eclesásticas) la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida. Porque ésta es —según subraya el Concilio— la tarea de los laicos».

Por más que lo desee el Cardenal Ottaviani —con sus sensacionalismo periodístico—, no puede volver a primer plano de actualidad su figura. Su mentalidad y su actitud nada tienen que hacer en el porvenir de la Iglesia. No hay componenda posible entre la confusa mezcla religioso-política, llena de recelo para nuestra cultura y civilización, que propugna Ottaviani, y la limpia aceptación que Pablo VI hace del mundo presente.

Por eso Ottaviani —en una postura puramente reaccional— se ha permitido hacer una crítica manifiesta del Papa Juan XXIII, el promotor de la secularista encíclica «Paz en la Tierra», impulsor genial del Concilio Vaticano II y valiente renovador de una Iglesia demasiado triunfalista, que era más baluarte de grupo que fermento de un mundo que debemos respetar, y no combatir, como antes se hacía muchas veces.

No le importa tampoco —a este Cardenal— dejar en entredicho a Pablo VI confesando que —como está todavía vivo— se reserva su juicio sobre él.

Jorge Pecorini, el periodista de la revista *L'Europeo*, nos recuerda algo que estábamos a punto de olvidar: hasta hace poco se usaba la expresión «cosas del Santo Oficio» para expresar algo «absurdo, increíble, injusto y misterioso». De tal modo que, en vez de ir a menos, «desde hace treinta y dos años cada vez hacía las cosas el Santo Oficio con una autoridad y una autonomía crecientes, gracias a Alfredo Ottaviani». Esta figura, que pasará —que ha pasado ya— a la historia, «parecía eterna, omnipotente, más fuerte y más temida que el Papa».

Pero hace ya dos años que el temido Santo Oficio fue cambiado —por arte de Montini— en «Congregación para la Doctrina de la Fe»; y quedó privado de todos «los instrumentos vejatorios que, durante casi 500 años, le habían dado siniestra fama».

Cuando Ottaviani mandó su renuncia «esperaba que solamente se le confirmase en el cargo, como otras veces que presentó su dimisión». Pero el Papa —con gran sorpresa suya— se la aceptó plenamente.

Pablo VI está claramente decidido a dejar —tras él— una Curia renovada, al día; de verdad internacionalizada y abierta, como la quería San Bernardo, en el siglo XII, cuando amonestaba al Papa Eugenio III sobre la forma de gobernar a la Iglesia.

Esa es la razón por la que no puede aceptar, el Cardenal Ottaviani, a Juan XXIII ni a Pablo VI. Del primero —del decidido y renovador Roncalli, que fue el Papa de todo hombre de buena voluntad— llega a afirmar de su época de gobierno: «Hay que decir la verdad; algunas veces, no siempre, se podrá decir en conciencia que sí, que todo va bien, porque no, no iba bien; y no habría yo cumplido honradamente tampoco mi ministerio de asegurar lo contrario».

Del actual Papa es bastante expresiva la reticencia con que deja en suspenso su juicio, porque todavía vive, y —como confiesa para excusar su opinión— «estoy todavía bajo su dependencia».

En esa mentalidad, localista y cerrada, que tienen algunos hombres de Iglesia, no puede comprender Ottaviani los grandes gestos acogedores de Juan XXIII, como el de la visita al Papa del yerno del jefe del gobierno ruso Jruschov. Valora más Ottaviani los motivos desfavorables a la política derechista italiana que el bien de la Iglesia universal; y —sobre todo— desprecia los abiertos brazos que el Evangelio pide que tengamos con todos los hombres.

En el semanario liberal, de extrema derecha, *Il Borghese*, conocido por sus libres ilustraciones —en el plano sexual—, no ha tenido tampoco inconveniente, el puritano Cardenal, en hacer unas declaraciones, más políticas que religiosas, bajo capa de defender el cristianismo de sus enemigos. Ese periódico pretende ahora convertirse —como dice el periódico católico *La Croix*— en el «defensor de la Iglesia contra el Vaticano»; contra este Vaticano montiniano, sucesor del «aggiornamento» de Juan XXIII, que quiere una Iglesia abierta a todos y sin condenaciones.

Ahora descubre *La Croix* que el 7 de enero de 1960, en el púlpito de la basílica romana de Santa María la Mayor, durante la visita de Adjupei, criticó Ottaviani veladamente a Juan XXIII, desde esa sagrada cátedra, diciendo —en general— que quienes pactan con los verdugos de Cristo y no sufren con los que son sus víctimas, están muertos moralmente; y —por eso— afirmó que «se puede ser el hombre más altamente situado en la jerarquía social y estar muertos». ¿Qué quería decir, con esta dura frase, el Cardenal? Al menos —sea cual sea la interpretación literal de sus palabras— hay en ellas una amonestación tajante contra todos los que, y pudiera entenderse que se refiere a Juan XXIII, «pactan —según él— con los verdugos de Cristo».

Pablo VI, delicada y progresivamente, va apartando de la responsabilidad de la Iglesia a los que no quieren comprender nuestro mundo actual, viendo en él sólo males, peligros y catástrofes, y pretenden seguir dominándolo con el poder religioso.



por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

nuales de catequesis, de instrucción religiosa para la enseñanza media, o de teología, que presentan caminos equivocados —por su estrechez— para solucionar el problema de la guerra, del trasplante de órganos corporales o de la regulación de la natalidad.

Cuando un Obispo mejicano condenó los ensayos del profesor Barnard trasplantando corazones, Pablo VI le animó, sin embargo, pocos días después a continuar por esa vía.

Cuando dudamos en condenar la violencia norteamericana en Vietnam, el Papa hace un decidido intento —¿ingenuo por la falta de comprensión de la política americana?— de promover la paz en ese desgraciado país.

Cuando se teme —en ciertos medios seculares católicos— ahondar en la doctrina de la Iglesia acerca de los progestágenos, averiguamos, sin embargo, que Pío XII fue ya más abierto de lo que algunos católicos creen.

Cuando se repite, día tras día, que un nuevo planteamiento y lenguaje más actuales, en materia religiosa, es peligroso, el ejemplar —el santo diría yo— Cardenal Léger repite a los teólogos de todo el mundo, reunidos en el Congreso Mundial de Teología celebrado en Toronto, dos cosas: 1) que aprendan a hablar el lenguaje de los comentaristas profanos de la TV en América del Norte para hablar de teología; y 2) que trabajen en colaboración con los seculares especializados en la ciencia contemporánea (psicología, medicina, biología y filosofía) para superar la falta de seriedad y categoría de bastantes enseñanzas, corrientes en el mundo eclesiástico todavía.

Los problemas morales y religiosos que surgen en el mundo actual, tal y como se expresan en los libros corrientes que suelen usar los católicos, «es preciso que sean consideradas —de nuevo— a la luz de las enseñanzas sistemáticas y científicas» (Pablo VI); y son los seculares los que, en vez de arrimarse a lo que dicen rutinariamente estos libros, debían tener la valentía de aportar estos comentarios científicos para su estudio y discusión, como han hecho, por ejemplo, los médicos italianos, según cuenta la revista católica *Il Regno*. Estos médicos pidieron, en enero de 1968, nada menos que en la proporción de un 87 por ciento, una línea favorable al control de natalidad; el 89 por ciento manifestaron que la píldora es un sustituto válido de otros métodos anticonceptivos, y el 86 por ciento, que debía informarse al público sobre el uso de los mismos.

Estos son problemas que están en la palestra científica y médica, y deben ser seriamente estudiados; aunque, hoy por hoy, estemos todavía obligados a lo que dijo Pío XII. Pero tal como verdaderamente lo dijo, y del modo como lo han estudiado a fondo aquellos especialistas católicos que hace unos días transcribía yo en otro artículo mío.

Esto es también lo que acaban de decir todos los Obispos alemanes: «No se resuelven los problemas con negarlos, exagerándolos o planteándolos de falsa manera. No se pueden ignorar, sin más, las cuestiones que se plantean a la Iglesia, a la teología y a los individuos».

Incluso «no se puede hablar de la fe, en forma convincente, si no se abordan francamente los problemas que preocupan a los fieles, y a los ambientes en que ellos viven».

Hay, sin duda, un amplio margen entre las declaraciones doctrinales definitivas y el silencio entre ciertas cuestiones. Y están, en este amplio margen, las «enseñanzas doctrinales que obligan hasta cierto punto», y que —como sigue diciendo el episcopado germano— «tienen un cierto carácter provisional, que puede llegar hasta comportar una posibilidad de errores».

El católico consciente sabe que, normalmente, la Iglesia se sitúa —cuando habla por boca del Papa o de los Obispos— en este terreno vacilante que nadie puede pretender que sea prácticamente definitivo, porque la ciencia, que los seculares conocen mejor que los eclesiásticos —por ser su campo propio—, puede hacerlo cambiar.

Los Ottaviani de todos los tiempos han terminado. Sus tajantes y definitivas maneras han quedado superadas. Y su regreso resulta imposible; por más que algunos —y él mismo— lo añoren.

Síntoma expresivo de esta aceptación de nuestro mundo secularizado es, también, el anuncio que ha hecho Pablo VI en su discurso a los jueces de la Rota Romana. En él dice que este Tribunal, que entiende en la Iglesia de las causas matrimoniales, servirá, con su experiencia, para «introducir en el nuevo Código de Derecho Canónico los resultados felizmente obtenidos por las recientes elaboraciones del derecho civil en las diferentes naciones, así como los datos adquiridos por las ciencias médicas y psiquiátrica». Y para ello hay que renovar —según Pablo VI— hasta los estudios jurídicos de la Iglesia.

Cuando leía esto, me acordaba de una frase clave pronunciada por Pablo VI en su discurso a los Graduados de enero de 1964. Hablaba de la legítima «secularidad» de este mundo que vivimos, e invitaba el Papa a los profesionales de las diferentes ramas del saber, a «suministrar "una útil" colaboración al magisterio de la Iglesia», acerca de los nuevos problemas que surgen en el mundo actual. Cuestiones importantes para nuestra vida en el mundo que «no deben ser tratadas empíricamente, al modo de los antiguos manuales». Esos ma-